

CAPÍTULO 3

El sí-mismo y el otro. El desarrollo infantil desde la perspectiva interpersonal de Daniel Stern

Ariel Martínez

Introducción

Desde las últimas décadas del siglo pasado, las transformaciones de los métodos de investigación en el campo del desarrollo infantil permiten someter las teorías a un escrutinio renovado. Así, asistimos a una sostenida proliferación de literatura académica al respecto. Entre las referencias, ya clásicas pero significativas, encontramos *El mundo interpersonal del infante* de Daniel Stern: una propuesta clara y sólida que desafía muchas creencias y supuestos especulativos profundamente arraigados sobre los primerísimos tiempos del mundo subjetivo humano. Según señala el autor en el prefacio, el libro fue posible no sólo por su doble formación como psiquiatra y psicoanalista, también por su práctica profesional involucrada en hospitalizaciones tempranas pobladas de observables que lo convirtieron en un “interpretador de lo no-verbal” (Stern, 1991, p. 12). Los propios informes clínicos de Stern lo obligaban a encausar mediante recursos verbales una comprensión fundada del complejo mundo interpersonal y no verbal del bebé.

El propósito fundamental de Stern es ofrecer un modelo teórico sobre el desarrollo del sí-mismo infantil. Para ello, echa mano tanto a las observaciones del comportamiento infantil como a las teorías del desarrollo basadas en la reconstrucción clínica. La hipótesis principal del autor señala que el bebé experimenta un sentido emergente de sí-mismo que comienza al nacer. Con el despliegue de nuevas capacidades y comportamientos, emergen nuevos sentidos del sí-mismo. Para el autor, “el sentido del sí-mismo sirve como perspectiva subjetiva primaria que organiza la experiencia social, y en consecuencia pasa al centro del escenario como el fenómeno que domina el desarrollo social temprano” (Stern, 1991, p. 26). De este modo, Stern describe cuatro sentidos del sí-mismo, cada uno de los cuales delimita un dominio diferente de la propia experiencia y de la relación social. Los denomina del siguiente modo: (1) el sentido del sí-mismo emergente; (2) el sentido del sí-mismo nuclear; (3) el sentido del sí-mismo subjetivo; y (4) el sentido del sí-mismo verbal. Este desarrollo del sentido de sí mismo del bebé es secuencial, pero continúa a lo largo de la vida y no se limitan a fases específicas o períodos críticos.

Cabe señalar que Stern realiza su trabajo en el contexto del psicoanálisis y de la psicología del desarrollo estadounidenses. Stern ha hecho un trabajo excelente al recopilar y organizar los

datos de la mayoría de las investigaciones neonatales realizadas en los EE. UU. durante las últimas décadas. El autor logra llamar la atención del lector respecto de una serie de detalles sobre la vida infantil. Además, también aborda críticamente los escritos de muchos analistas. Sugiere que se deberían reconsiderar los supuestos teóricos acríticamente arraigados desde hace mucho tiempo. Muchos de sus argumentos son sólidos. Aquí ofrecemos, con fines didácticos, una reseña de sus principales ideas.

El sentido del sí-mismo emergente

A criterio de Stern, durante los dos primeros meses de vida se forma un sentido del sí-mismo emergente. Esta afirmación es peculiar debido a que suele pensarse que durante estos primeros meses “el infante está en cierto tipo de fase vital presocial, precognitiva, preorganizada” (Stern, 1991, p. 57). El psicoanálisis clásico, por ejemplo, ha construido la escena de un infante asocial. Es prueba de ello la idea de una barrera anti-estímulos que aleja al bebé de la estimulación externa en pos de preservar la homeostasis de sus estados fisiológicos. Margaret Mahler (1977) plasma esta noción al momento de describir el estado inicial de autismo normal, para el cual el bebé no se involucra bajo ninguna forma subjetiva en relaciones con otros. Este prolongado estado de indiferenciación borra de la escena de los primeros dos meses de vida la existencia del mundo social y de un sentido del sí-mismo y del otro.

Aun así, Stern concibe un sentido del sí-mismo que, de modo emergente, permite al infante experimentar tempranamente el mundo social. Así, afirma que durante este primer momento surge un insipiente sentido del mundo y del sí-mismo. Los infantes se embarcan afanosamente en la tarea de sumergirse en experiencias diversas. Sus capacidades sociales quedan expuestas en una primaria orientación hacia las interacciones sociales.

En un momento inicial, los padres asisten al bebé en los intentos de encontrar una ‘regulación fisiológica’ mediante las tareas de alimentar, propiciar el sueño, entre otras que posibilitan la homeostasis general. Estas tareas están “acompañadas por conductas sociales de los padres: mecen, tocan, hablan, calman, cantan y hacen ruidos y muecas, en respuesta a conductas del infante principalmente sociales, tales como llorar, quejarse, sonreír y mirar” (Stern, 1991, p. 63). La regulación fisiológica no se produce al margen de interacciones sociales, pues los medios empleados para tranquilizar al bebé son momentos de relacionamiento intrínsecamente interpersonal. Incluso, más allá de las actividades propias del cuidado, los padres disponen tiempo para la interacción social,

actúan, desde el principio, como si el infante tuviera un sentido del sí-mismo. Inmediatamente le atribuyen intenciones (...), motivos (...) y autoría de la acción (...). Es casi imposible conducir interacciones sociales con infantes sin atribuirles esas cualidades humanas. Esas cualidades hacen comprensible la conducta humana, y los padres invariablemente tratan a sus bebés como

seres comprensibles, es decir, como las personas en las que se convertirán (Stern, 1991, pp. 63-64).

Estas interacciones producen afectos, percepciones, eventos sensorio-motrices, registros mnémicos y cogniciones que aún hoy la psicología del desarrollo explora mediante métodos experimentales cada vez más sofisticados. Parte de estos diversos sucesos se integra de manera innata a caballo de la maduración. Otras integraciones se producen rápidamente en función de las tempranas interacciones que el desarrollo psicológico requiere. Como fuere, rápidamente operan ensamblajes emergentes que posibilitan una primera y rudimentaria vivencia del surgimiento de cierta organización. En síntesis, Stern concluye que

durante los primeros dos meses el infante está constituyendo activamente un sentido de un sí-mismo emergente. Es un sentido de la organización en proceso formativo, y un sentido del sí-mismo que seguirá activo por el resto de la vida. En este período no se logra todavía un sentido global del sí-mismo, pero se está en camino hacia él. (Stern, 1991, p. 58)

Semejante reconsideración de la vida social subjetiva del infante pequeño (durante los primeros meses de vida) se apoya en la revolución metodológica y la consecuente complejización de los modos en que se observa y experimenta con bebés. Los resultados de las investigaciones contemporáneas con metodologías renovadas arrojan como resultado la presencia de “aptitudes del infante que gravitan en la formación de un sentido del sí-mismo” (Stern, 1991, p. 59). Stern afirma que, desde el nacimiento, los infantes experimentan con regularidad estados de ‘inactividad alerta’ que permiten un ‘período ventana’ durante el cual el bebé no está “en estado de sueño o hambre, comiendo, agitándose, llorando o en plena actividad” (Stern, 1991, p. 59). Durante la inactividad alerta, el bebé es capaz de ofrecer conductas observables bajo control muscular voluntario: girar la cabeza, succionar y mirar. A partir de estas conductas, bajo paradigmas experimentales y métodos renovados, se extraen respuestas de los infantes que le permiten a Stern “extraer algunos principios generales sobre la percepción, la cognición y el afecto del bebé” (Stern, 1991, p. 62) fundamentales para argumentar la existencia de un sí-mismo emergente. En pocas palabras, esos principios son:

1. Los infantes buscan la estimulación sensorial.
2. Prefieren ciertos estímulos y tienden a formar ciertas percepciones.
3. Existe una tendencia central y activa a dar forma a lo que está ocurriendo en el mundo mediante una actitud evaluativa que categoriza al mundo social en pautas, hechos, conjuntos y experiencias concordantes y contrastantes.
4. Los procesos cognitivos y afectivos no pueden separarse con facilidad.

Tal como él mismo reconoce, la concepción empíricamente informada del infante temprano encuentra puntos de contacto con la concepción de infante que se desprende de la teoría psicoanalítica inglesa, estrictamente apegada a la clínica. Esta vertiente del psicoanálisis concibe a los infantes con poblados de una vida subjetiva activa y capaz de experimentar, aunque de forma borrosa, hechos sociales. Sin embargo, la potencia de la *interface* entre infante clínico e infante observado encuentra lugar cuando Stern nota que el psicoanálisis

inglés asume un estado de indiferenciación que coloca al sí-mismo y al otro como inconexos y no integrados. A criterio del autor:

Estas concepciones clínicas han identificado algunas de las experiencias salientes de las fluctuaciones interiores de estado y de relacionamiento social que podrían contribuir a la constitución de un sentido del sí-mismo, pero sin estar en condiciones de descubrir las capacidades mentales capaces de llevar al bebé a utilizar esas experiencias para diferenciar un sentido del sí-mismo o del otro. (Stern, 1991, pp. 50-51)

Aquellas miradas que parten de la concepción de un infante fusionado y no integrado jamás admitirían la existencia de un sí-mismo tan temprano si consideramos que “la idea de un sentido del sí-mismo se reserva usualmente para un esquema, concepto o perspectiva abarcativos e integradores” (Stern, 1991, p. 65). En este sentido, afirmar la existencia de un sentido del sí-mismo emergente requiere afirmar que experiencias de los semejantes tempranas pueden relacionarse o reunirse bajo algún tipo de organización. A criterio de Stern, el infante no sólo experimenta el resultado de la organización ya consolidada, sino también el proceso mismo de la organización. Justamente, el sí-mismo emergente no es otra cosa que la experiencia de la organización emergente, esto es, la experiencia de un proceso. Este proceso involucra una primera toma de contacto con las relaciones entre las experiencias sensoriales. Esto configura una “experiencia de la organización-que-entra-en-el-ser” (Stern, 1991, p. 68).

Ahora bien, ¿cuáles son los procesos con los que cuenta el infante pequeño para crear la organización relacional propia del sentido del sí-mismo emergente? Ellos son la percepción amodal, la percepción ‘fisiognomónica’ y los afectos de la vitalidad.

La percepción amodal configura una explicación plausible de cómo se conectan las experiencias para arrojar como resultado una unidad perceptual, es decir, cómo la información que proviene de varias modalidades perceptuales diferentes emanan de una única fuente externa o, en términos más sencillos, cómo es que algo visto, oído y tocado puede ser una misma cosa. Para Stern, la posibilidad misma de un sentido del sí-mismo emergente se apoya en “la capacidad del infante para transferir la experiencia perceptual de una modalidad señorial a otra” (Stern, 1991, p. 68). Las investigaciones experimentales al respecto arrojan numerosas pruebas empíricas de que esto es factible. Más específicamente, Stern señala que

Probablemente la información no es experimentada como perteneciente a un modo sensorial particular. Con mayor probabilidad trasciende el modo o canal, y tiene alguna forma supramodal desconocida. No se trata entonces de una simple cuestión de traducción directa entre modalidades. Más bien supone una codificación en una representación amodal todavía misteriosa, que después puede reconocerse en cualquiera de los modos sensoriales. (...) Los infantes parecen experimentar un mundo de unidad perceptual, en el que perciben cualidades amodales en cualquier modalidad de cualquier forma de la conducta expresiva humana, representan abstractamente esas cualidades, y después las trasponen a otras modalidades (...). Estas representaciones

abstractas que el infante experimenta no son sensaciones visuales, auditivas o táctiles, ni objetos nombrables, sino más bien formas, intensidades, y pautas temporales: las cualidades más “globales” de la experiencia. Y la necesidad de, y la capacidad para, formar representaciones abstractas de las cualidades primarias de la percepción y actuar sobre esa base aparecen desde el principio de la vida mental; no son la culminación de un hito del desarrollo alcanzado en el segundo año de la vida. (Stern, 1991, pp. 72-73)

Así, las propiedades de las personas y las cosas se vivencian directamente como cualidades perceptuales globales, amodales. Es gracias a las percepciones amodales que el infante integra experiencias diversas del sí-mismo y el otro. En tanto emergente, ese sí-mismo no sólo involucra el producto de esta integración, también el proceso de tal integración.

La percepción ‘fisiognomónica’ es un tipo diferente de percepción amodal en el infante pequeño. Se trata de “cualidades amodales directamente experimentadas por el infante son afectos categorías, más bien que cualidades perceptuales” (Stern, 1991, p. 74). El afecto se localiza en un nivel supramodal en el que se traducen la estimulación de cualquier modalidad. Las experiencias afectivas no están ligadas a ninguna modalidad de percepción. Así, las personas y las cosas se viven directamente como afectos categorías (cólera, felicidad, tristeza).

Los afectos de la vitalidad refieren a afectos energéticos. Esta idea captura aquellas cualidades emocionales que no son reductibles a las categorías existentes con las que solemos denominar los afectos. Es posible dar cuenta de estas cualidades elusivas mediante términos dinámicos, cinéticos, tales como “agitación”, “desvanecimiento progresivo”, “fugaz”, “explosivo”, “crescendo”, “decrecendo”, “estallido”, “dilatado”. Tales cualidades son registradas por los infantes a partir de los cambios de estado, los apetitos y las tensiones motivacionales. Así, la experiencia del bebé no puede pensarse al margen de estas formas de afecto involucradas en todos los procesos vitales, tales como el hambre, respirar, caer dormido, salir del sueño, el flujo de emociones y pensamientos.

Estas formas de percepción global señalan el modo en que se genera el mundo de las experiencias relacionadas y el modo en que se experimenta la entrada-en-el-ser de la organización.

En suma, el primer dominio del sí-mismo, el sí-mismo emergente (desde el nacimiento hasta los dos meses), es ese momento emergente de la organización. El recién nacido está preprogramado para organizar información a partir de las formas, las intensidades, los ritmos del tacto, la audición, la propiocepción y la visión. El bebé muy pequeño puede relacionar estas formas de experiencia a través de modalidades sensoriales, por ejemplo, relacionando la intensidad auditiva con el brillo visual y las formas vocales con la intensidad de la luz. Este tipo de correspondencia intermodal sugiere que el bebé no tiene que aprender cómo es visualmente un objeto con el que ya ha estado en contacto con su boca. Este tipo de integración de estímulos a través de los sentidos ocurre desde el nacimiento. El bebé entonces participa activamente (y Stern enfatiza la palabra ‘activamente’) en organizar estímulos, en hacer conexiones y formar redes integradoras, aprendiendo sobre aspectos de la madre y de su experiencia con ella. Stern subraya que los dos primeros meses de vida están dedicados a la organización emergente.

El sentido del sí-mismo nuclear

Entre los dos y los seis meses de edad se desarrolla el núcleo del sí-mismo: “sí mismo físico experimentado como una entidad física coherente, volitiva, con una historia y una vida afectiva únicas que le pertenecen” (Stern, 1991, p. 44). Hasta los dos meses el infante está comprometido con comportamientos sociales vinculados a la regulación de las necesidades fisiológicas. Luego de los seis meses, el infante queda fascinado con la manipulación de objetos externos y con la coordinación de partes del propio cuerpo. Por ello, Stern afirma que este período, entre los dos y los seis meses, “es tal vez el período de la vida más exclusivamente social” (Stern, 1991, p. 96), “es cuando el infante tiene una orientación relativamente más social” (Stern, 1991, p. 97). El infante se involucra interpersonalmente desde una perspectiva más organizadora, esto implica que el otro

lo sienta como si ya tuviera un sentido de sí mismo en tanto cuerpo distinto y coherente, con control sobre sus propias acciones, propiedad de su afectividad, un sentido de continuidad y un sentido de las otras personas como interactuantes distintos y separados. Y el mundo empieza entonces a tratarlo como si fuera una persona completa que realmente posee un sentido integrado de sí misma. (Stern, 1991, p. 93)

Esta concepción que afirma la temprana formación de sí-mismo nuclear y de otros nucleares no sólo corre hacia atrás los límites temporales que frecuentemente se adjudican al surgimiento de la integración del bebé, también “invierte la secuencia de las tareas del desarrollo. Primero viene la formación del sí-mismo y el otro, y sólo después es posible el sentido de experiencias de fusión” (Stern, 1991, p. 94). Stern aclara que el ‘sentido del sí-mismo’ no es un constructo cognitivo, por lo tanto, refleja una experiencia de los hechos que no refiere a un concepto de sí-mismo, o al conocimiento de sí-mismo o a la percatación de sí-mismo. Se trata de una integración experiencial que constituye los cimientos más elaborados del sí-mismo que se agregarán más tarde durante el desarrollo.

Ahora bien, ¿qué clase de sí-mismo es capaz de crear el infante más allá de aquel emergente durante los dos primeros meses de vida? Para poder hablar de un sentido del sí-mismo nuclear organizado, el infante debe tener acceso al conjunto de ciertas experiencias invariantes (es decir, lo que no varía en el contexto de todos los cambios propios del desarrollo):

1. La agencia del sí-mismo, entendida como la condición de autoría de las propias acciones. Supone el control sobre las propias acciones y esperar las consecuencias de tales acciones. Involucra tres invariantes de la experiencia. (a) El sentido de la volición que precede a todo acto motor; (b) la reotroalimentación propioceptiva durante el acto; (c) la predictibilidad de las consecuencias que siguen al acto.

2. La coherencia del sí-mismo, entendida como la posibilidad de experimentarse como un todo físico no fragmentado. Refiere a aquellas propiedades que especifican al sí-mismo frente a otro como como una entidad física ligada, única, coherente. Los rasgos de la experiencia que

ayudan a establecer la coherencia del sí-mismo indispensable para un sentido del sí-mismo nuclear son: (a) unidad de lugar; (b) coherencia de movimiento; (c) coherencia de la estructura temporal; (d) coherencia de la estructura de la intensidad; y (e) coherencia de la forma.

3. La afectividad del sí-mismo, entendida como la capacidad de experimentar cualidades interiores de afectos vinculadas con experiencias. Refiere a las innumerables experiencias con los afectos de los cuales el infante reconoce y espera acontecimientos invariantes del sí mismo: (a) retroalimentación propioceptiva de pautas motoras particulares; (b) sensaciones internamente pautadas de excitación o activación; y (c) cualidades del sentimiento específicas de cada emoción.

4. La historia del sí-mismo, entendida como el sentido de perdurar, de una continuidad o historicidad en el tiempo que permita el cambio sin dejar de ser sí-mismo.

Por otra parte, Stern señala la importancia de las repeticiones variadas de las conductas (verbales y no verbales) que los cuidadores hacen (sin conciencia de ello) para que el infante no se habitúe y no pierda interés. Así, con la intención de suscitar y regular la excitación del infante, los cuidadores promueven conductas exageradas y variables que, como subproducto, produce invariantes interpersonales. Es decir, la organización de las conductas en una estructura de tema con variaciones. Según el autor, “una de las tendencias mentales centrales que el bebé despliega pronto es la tendencia a ordenar el mundo buscando invariantes. Una estructura en la que cada variación sucesiva es al mismo tiempo familiar (...) y nueva” (Stern, 1991, p. 99).

Del mismo modo, el infante cuenta con la capacidad de ordenar el propio universo en invariantes, en islas de consistencia, que organizan la experiencia. Stern localiza aptitudes específicas que no sólo identifican aquellas invariantes que participan del sentido del sí-mismo nuclear, sino el modo en que estas se integran. La memoria tiene un papel importante en tanto ofrece el proceso para integrar los diversos rasgos de una experiencia vivida. Los episodios se generalizan y, así, dejan de ser recuerdos específicos. Se trata de “una abstracción de muchos recuerdos específicos, todos inevitablemente un tanto diferentes, que generan una estructura mnémica generalizada. Se trata, por así decirlo, de una experiencia promediada convertida en prototípica” (Stern, 1991, p. 123). Entonces, los episodios generalizados no son recuerdos específicos de acontecimientos que siempre sucedieron de idéntico modo. Constituyen representaciones abstractas, forman una estructura del curso probable de los acontecimientos, construida a partir de la superposición de experiencias promedio que involucran no sólo las acciones, sino las sensaciones y los afectos.

Stern enfatiza la capacidad de los infantes para abstraer, promediar y representar preverbalmente acontecimientos y experiencias interactivas. El autor denomina al producto de esta capacidad de formar prototipos ‘Representaciones de Interacciones Generalizadas’ (RIG). En palabras de Stern, “las RIG constituyen una unidad básica para la representación del sí-mismo nuclear. Ellas resultan de la huella directa de múltiples realidades en tanto experimentadas, e integran en un todo los diversos atributos accionales, perceptuales y afectivos del sí-mismo nuclear” (Stern, 1991, p. 126).

En suma, Stern realiza una contribución valiosa para nuestra comprensión del desarrollo infantil al postular la memoria como proceso integrador. Como ya hemos señalado, el autor

postula un bloque de construcción básico integrado por representaciones de interacciones que se han generalizado. Estas representaciones de interacciones generalizadas (RIG) son, entonces, episodios generalizados de experiencias interactivas mentalmente representadas. Estos episodios involucran interacciones interpersonales de diferentes tipos, incluso preverbales, para los que no sólo resultan relevantes los eventos interactivos, sino la experiencia interactiva. En última instancia, las RIG son “estructuras flexibles que promedian varios casos reales y forman un prototipo que los representa a todos. [...] Algo que nunca ha sucedido antes exactamente así, pero que no toma en cuenta nada que no haya sucedido realmente una vez” (Stern, 1991, p. 141).

En palabras de Stern,

La experiencia de estar con un otro regulador del sí-mismo forma gradualmente una RIG. Y esos recuerdos son recuperables siempre que esté presente uno de los atributos de la RIG. Cuando un infante tiene cierto sentimiento, éste evocará en su mente la RIG de la que el sentimiento es atributo. De modo que los atributos son indicios evocativos para reactivar la experiencia vivida. Y cuando se activa una RIG, envuelve parte del hervor de la experiencia originalmente vivida en la forma de un recuerdo activo. (Stern, 1991, p. 141)

Usando un esquema complejo, Stern postula el concepto del "compañero evocado":

El compañero evocado es una experiencia de estar con, o en presencia de, un otro regulador del sí-mismo, lo que puede ocurrir dentro o fuera de la percepción consciente. El compañero es evocado en la RIG no como el recuerdo de un suceso pasado real, sino como ejemplar activo de tales sucesos. (Stern, 1991, p. 143)

Usando otro esquema detallado, Stern aborda el proceso de lo que podríamos llamar formación de guiones en la mente del bebé, y cómo las RIG de la madre participan de la compleja formación de estas estructuras mentales. Él afirma que los enlaces con compañeros evocados son capaces de operar como una fuente de novedad que entra en compleja tensión con la sedimentación mental de la experiencia pasada. Nos dice que “las RIG son lentamente actualizadas por la experiencia en curso. Pero cuanto mayor es la experiencia pasada, menor es el efecto relativo que tendrá en el cambio cualquier episodio específico singular. La historia introduce inercia” (Stern, 1991, p. 143). Así, un episodio específico en curso puede dar forma a una experiencia subjetiva diferente a aquella que consta en el propio guion basado en la propia historia pasada. Resulta de especial interés el modo en que los acontecimientos interactivos tempranos constituyen un franco puente entre los mundos subjetivos del infante y la madre. Stern es consciente de que en este punto tal afirmación no resulta original. Nos dice:

En lo esencial, esta formulación no difiere de la empleada de modo global por la mayoría de los clínicos de orientación psicodinámica. Sin embargo, puesto

que está conceptualizada con más especificidad e implica diversos procesos y unidades discretos jerárquicamente ordenados, tal vez resulte útil para hacer progresar nuestro pensamiento acerca de cómo las fantasías y atribuciones maternas pueden influir no sólo en la interacción observable, sino también, en última instancia, en la forma de las fantasías y atribuciones del bebé. (Stern, 1991, pp. 153-154)

Las invariantes de la experiencia del sí-mismo que actúa, las invariantes de la experiencia del sí-mismo que siente y las invariantes de la experiencia del sí-mismo que ha construido una percepción única del propio cuerpo y las propias acciones se integran, se ensamblan. En suma,

las diferentes invariantes principales de la agencia, la coherencia y la afectividad se integran lo suficiente (con continuidad en la forma de memoria que actúa como parte del proceso integrador), como para procurarle juntas al infante un sentido unificado de un sí-mismo nuclear. Se sugiere que durante este período de la vida (entre los dos y los siete meses) el infante adquiere bastante experiencia con las principales invariantes separadas del sí-mismo, y los procesos integradores reflejados en la memoria episódica progresan lo bastante, como para que la criatura dé un salto cuántico y cree una perspectiva subjetiva organizadora que puede denominarse un sentido de un sí-mismo nuclear. (Stern, 1991, p. 127)

Es importante aclarar que la perspectiva de Stern sitúa al sentido del sí-mismo experimentando la presencia de otro como proceso activo de diferenciación y no como fracaso pasivo de la diferenciación. El sí-mismo se ve inmerso en experiencias creadas en reciprocidad: “Abrazar o acomodarse en un cuerpo cálido y contorneado, y ser abrazado; mirar a los ojos de otro y ser mirado por ellos; aferrar a otro y ser aferrado” (Stern, 1991, p. 131).

En suma, el segundo dominio del sí-mismo (entre los 2 y los 6 meses) es aquel involucrado en relacionamiento nuclear. Stern enfatiza que durante este período intensamente social el bebé desarrolla un sentido físico nuclear tanto de sí mismo sin la madre como de sí mismo con la madre. En primer lugar, describe cuatro sentidos inmutables que anclan la experiencia física del bebé dentro de sí mismo como separado de la madre:

- (a) Autoría de las propias acciones. ‘Muevo mi brazo; yo soy el que mueve mi brazo’.
- (b) Coherencia. ‘Mi piel y partes de mi cuerpo están unidas y me pertenecen’.
- (c) Continuidad. ‘Existo y sigo existiendo en el tiempo’, algo muy cercano a la noción winnicottiana de ‘seguir siendo’ o ‘continuidad existencial’.
- (d) Afectividad. Los sentimientos que se vinculan con ciertas experiencias se instalan rápidamente y son consistentes en el tiempo.

Para Stern, estos cuatro elementos son muy efectivos para demarcar el sí-mismo físico del bebé como separado de la madre. Además, utiliza estas invariantes del sí-mismo para enfatizar una y otra vez cuán bien demarcado se siente el bebé respecto de la madre desde la temprana edad de dos meses. Stern enfatiza aquí que las “experiencias del niño de estar con otro son vistas como actos activos de integración, más que como fracasos pasivos de diferenciación”

(Stern, 1991, p. 130). Describe que durante este período el bebé experimenta innumerables estados al ser calmado, alimentado, cambiado, sostenido, descuidado, etc., que regulan su sentido de sí mismo de momento a momento. Stern dice que el otro se experimenta como regulador del sí-mismo y no como fusión o estado de indiferenciación (como podrían postular muchos autores británicos y estadounidenses pertenecientes al psicoanálisis de las relaciones objetales). El bebé, cuando es regulado por el otro, es decir, cuando es consolado, alimentado, etc., experimentará un sí-mismo con otro, no un 'nosotros', no otro en mí. Las cuatro invariantes del sí-mismo físicamente diferenciado mantienen separados el sentido del sí-mismo y del otro.

Además de la influencia de las invariantes del sí-mismo, Stern analiza la importancia de la capacidad de la memoria episódica disponible a partir de los tres meses de edad. En este contexto, un episodio se describe como un fragmento de experiencia vivida, con todos los diferentes elementos de afecto y memoria física, incluyendo las intensidades y matices de la experiencia del otro. A criterio de Stern, los bebés pueden recordar pequeños fragmentos de experiencias con toda esta riqueza. Aún más, esos fragmentos están encerrados en la memoria y pueden ser recuperados no como un recuerdo abstracto (que requeriría símbolos) sino como un fragmento de experiencia vivida. Y estos episodios o fragmentos, recordados, revividos, crean expectativas para el futuro, forman la base de datos cada vez más amplia que confluye en el sentido del sí-mismo del bebé, construyen quién es y qué puede esperar de sí mismo y de sus interacciones con los demás.

Stern enfatiza que el bebé no sólo se relaciona con estos recuerdos episódicos (o fragmentos) desde los tres meses de edad en adelante, sino que también pueden ser evocados cuando un elemento de una experiencia actual le recuerda episodios anteriores. Estas evocaciones de episodios anteriores establecen expectativas de lo que ocurrirá en el presente. En pocas palabras, el bebé esperará que el pasado se repita. Así, de muchas maneras diferentes, el sentido de sí-mismo del bebé y su sentido de sí-mismo con el otro se definen y afirman mediante el uso pleno de la biblioteca de episodios en constante crecimiento.

¿Cómo sucede esto? ¿Qué sucede para arraigar tan firmemente el sí-mismo nuclear durante estos primeros meses? A partir de los elementos señalados ofrecidos por Stern, los recuerdos episódicos que definen este sí-mismo con el otro son una especie de invariante del sí-mismo que define al bebé como alguien que emerge y enriquece en el marco de la relacionalidad y de las experiencias con el otro, mientras siente todo el tiempo que él permanece dentro de los límites de su piel.

El sentido del sí-mismo subjetivo

El sentido del sí-mismo subjetivo comienza a desarrollarse en algún momento entre el séptimo y el noveno mes. Los infantes descubren que hay otras mentes además de la suya. El sí-mismo y el otro ya no son entidades delimitadas exclusivamente por la presencia física, la acción, el afecto y la continuidad. Ahora incluyen estados mentales subjetivos -sentimientos, motivaciones, intenciones- que subyacen a los acontecimientos físicos. El comienzo de un

marco compartido de significados que transcurren por el gesto, la postura o la expresión facial hacen posible que el infante pueda sentir que otros distintos de él mismo tienen o albergan un estado mental similar al suyo. Esta posibilidad de compartir estados mentales alcanza la intersubjetividad cuando estas mentes separadas se conectan en una interface, esto es: la experiencia de que aquello que experimenta mi mente es similar a lo que está sucediendo en la tuya como para alcanzar una comunicación no verbal sobre la que cabalga la intersubjetividad.

Si el sí-mismo y el otro nucleares se caracterizaban por un sentido directo, ahora, además, el sí-mismo y los otros incluyen estados subjetivos o interiores de experiencia. El sentido del sí-mismo se expande y, así, el infante avanza hacia un nuevo dominio del relacionamiento intersubjetivo. El relacionamiento nuclear, anclado en las distinciones físicas y sensoriales entre el sí-mismo y el otro, constituye los cimientos para el relacionamiento intersubjetivo. La posibilidad de compartir experiencias subjetivas constituye una transacción que no sería posible sin el fondo de existencia segura de un sí-mismo y un otro físicamente distintos y separados.

Stern se preocupa por aclarar que, si bien el relacionamiento intersubjetivo transforma el mundo interpersonal, el relacionamiento nuclear continúa, no es desplazado por aquel. Para el autor, el relacionamiento nuclear “es el lecho de roca existencial de las relaciones interpersonales. Cuando se agrega el dominio del relacionamiento intersubjetivo, el relacionamiento nuclear y el relacionamiento intersubjetivo coexisten e interactúan. Cada dominio afecta la experiencia del otro” (Stern, 1991, p. 158). Pero ahora el mundo interpersonal se experimenta de un modo diferente, pues el sí-mismo nuclear del infante pequeño responde al otro con una conducta abierta que refleja la empatía del otro. Allí el proceso empático pasa inadvertido o sólo se registra como respuesta empática. Con el sí-mismo subjetivo se crea un proceso empático, un puente entre dos mentes. Allí es posible atribuir al infante una capacidad para la intimidad no sólo física, sino psíquica.

No debe perderse de vista que el bebé, en este momento del desarrollo, es preverbal. Las experiencias subjetivas que puede compartir no requieren su traducción al lenguaje. Son tres los estados mentales que dan cuenta del mundo interpersonal y no exigen que el lenguaje se haga presente en la mente. Ellos son:

1. Compartir la atención. El gesto de señalar y el acto de seguir la línea de la visión de otro constituyen los primeros actos que permiten inferir el acto de compartir la atención o establecer una atención conjunta. Para que el gesto materno de señalar tenga éxito, el infante tiene que dejar de mirar la mano que señala y mirar en la dirección que ella indica.

2. Compartir intenciones. Aquí se consideran formas protolingüísticas como los gestos, las posturas, las acciones y las vocalizaciones no verbales a las que el infante apela como formas precursoras de comunicar intenciones.

3. Compartir estados afectivos. El infante es capaz de aparear el estado emocional experimentado en su interior con aquel visto “en” o “dentro de” otro. Este apareamiento se denomina ‘interafectividad’, es decir: la forma inicial más generalizada e inmediatamente importante del proceso de compartir experiencias subjetivas.

Stern señala un aspecto fundamental del sentido del sí-mismo subjetivo: ‘el entonamiento emocional’. Se trata de la creación de cadenas y secuencias de conductas mutuas y recíprocas

entre cuidadoras y los infantes. Constituyen verdaderos diálogos sociales durante los primeros nueve meses de la vida del bebé. Estas transacciones afectivas suponen un paso más respecto de las imitaciones y otros elementos del repertorio social con el que la madre contó durante los primeros seis meses de vida del bebé. La imitación, por sí misma, no basta para que un intercambio pueda considerarse intersubjetivo. La dimensión afectiva transforma cualitativamente a los intercambios interpersonales a partir de varios procesos. En primer lugar, el adulto a cargo de los cuidados tiene que ser capaz de leer el estado afectivo del infante en su conducta abierta. En segundo lugar, también debe ejecutar alguna conducta que, no siendo una mera imitación, guarde alguna correspondencia o concordancia con la conducta abierta del bebé. Tercero, el infante debe poder vincular esa respuesta con su propia experiencia emocional original, y no como mero reflejo imitativo. Estos tres aspectos permiten que los estados emocionales de una persona puedan ser registrados por otra sin usar el lenguaje como medio de tal transacción.

Stern señala que

La imitación mantiene la atención enfocada en las formas de las conductas externas. Las conductas de entonamiento, por otro lado, refunden el acontecimiento y llevan el foco de la atención a lo que está detrás de la conducta, al carácter del sentimiento que se está compartiendo. Por la misma razón, la imitación es el modo predominante de enseñar formas externas, y el entonamiento el modo predominante de comulgar con estados internos o indicar que se los comparte. Pero en realidad no parece haber una verdadera dicotomía entre el entonamiento y la imitación; más bien, se diría que son los extremos de un espectro único. (Stern, 1991, p. 178)

En suma, en opinión de Stern, no hay ninguna experiencia de entrar en la psique de la madre hasta el dominio de la intersubjetividad, que abarca entre los 7 y los 15 meses de edad. Hasta este momento, el bebé tenía una relación nuclear establecida con distintos límites, físicos y sensoriales, y su separación entre sí y los demás. Ahora este sentido central continúa, pero además el bebé se percata de que él tiene una mente y que los demás tienen mentes diferentes: que existen algo así como estados mentales separados. Stern postula que sólo en este momento el bebé se vuelve consciente de que es conocido y conocible emocionalmente.

Stern describe el 'entonamiento emocional', una sintonía afectiva, como el modo en que se logran estados de sentimiento compartido, el sello distintivo de la experiencia de este período. Antes de los nueve meses de edad, los padres parecen responder intuitivamente en la misma modalidad que utiliza el niño. Pero alrededor de los nueve meses, la madre comienza espontáneamente a responder en diferentes modalidades. Por ejemplo:

Una niña de nueve meses se excita mucho con un juguete y tiende la mano para tomarlo. Cuando lo hace, emite un exuberante "¡aaah!", y mira a la madre. Esta le devuelve la mirada, junta los hombros y emprende un extraordinario movimiento con la parte superior del cuerpo, como una

bailarina de discoteca. El baile dura lo mismo que el “jaaah!” de la niña, y es igualmente excitado, gozoso e intenso. [...]

Un niño de ocho meses y medio trata de tomar un objeto que está fuera de su alcance. Se tiende en silencio hacia él, estirando completamente brazos y dedos. Tensa el cuerpo para acortar el par de centímetros que le faltan. En ese momento, la madre dice “uuuuuh...uuuuuh” con un crescendo del esfuerzo vocal; con cada espiración contrae su torso tenso. El esfuerzo vocal-respiratorio de la madre se acelera poniéndose a la par con la aceleración del esfuerzo físico del infante. (Stern, 1991, pp. 175-176)

Este emparejamiento intermodal va más allá de los comportamientos físicos y expresa la cualidad del sentimiento de un estado afectivo compartido. El otro está en sintonía con los contornos y formas de los sentimientos, es decir, está en sintonía con los estados afectivos preverbales que Stern ha llamado ‘afectos de vitalidad’. Así, Stern considera que la sintonía afectiva es una poderosa herramienta para la comunión que conduce a una mayor profundidad y riqueza emocional.

El sentido del sí-mismo verbal

Con el desarrollo del sentido del sí-mismo verbal, el niño puede compartir significados sobre sí mismo y el mundo. Generalmente, esto ocurre en un período ubicado entre los quince y los dieciocho meses. Stern afirma que el lenguaje es una espada de doble filo. Por un lado, permite que el niño empiece a construir un relato de su propia vida. Por otro lado, hace menos compartibles partes de nuestra experiencia, tanto con nosotros mismos como con los otros. El sentido del sí-mismo verbal introduce un hiato entre dos formas simultáneas de la experiencia interpersonal: la experiencia interpersonal vivida y la experiencia interpersonal representada verbalmente.

Es preciso recordar que, a medida que emergen, cada sentido del sí-mismo continúa a lo largo de la vida, paralelo a los demás. Con cada nueva perspectiva inaugurada por el desarrollo de cada sentido del sí-mismo, el mundo social y subjetivo se transforma rotundamente. Stern describe dominios relacionales correspondientes a cada sentido del sí-mismo: los dominios de relacionamiento emergente, de relacionamiento nuclear, de relacionamiento intersubjetivo y de relacionamiento verbal. Estas formas de experiencia social también permanecen intactas a lo largo de la vida. Pero en el dominio del relacionamiento verbal sólo se puede abarcar muy parcialmente la experiencia de los dominios del relacionamiento emergente, nuclear e intersubjetivo, que permanecen independientes del lenguaje. Los acontecimientos del dominio del relacionamiento verbal se imponen como los únicos que han ocurrido, las experiencias de estos otros dominios sufren una alienación.

El lenguaje provoca una escisión en la experiencia del sí-mismo. También arrastra el relacionamiento a un nivel impersonal, abstracto, que es intrínseco del lenguaje, alejándolo del nivel personal, inmediato, intrínseco de los otros dominios. Se bifurcan dos líneas del desarrollo: el lenguaje como una nueva forma de relacionamiento, y el lenguaje como un

problema para la integración de la experiencia del sí-mismo y la experiencia del sí-mismo con otro. El sentido lingüístico del sí-mismo se apoya en nuevas capacidades que permiten que emerja una nueva perspectiva del sí-mismo, así como los modos posibles que tiene para estar con otros y consigo mismo.

La complejización cualitativa de la estructura cognitiva inaugura, sobre el piso de la inteligencia sensoriomotora, la función simbólica o semiótica. Durante este momento del desarrollo (mitad del segundo año de vida), el niño es capaz de representar objetos en su mente mediante símbolos y signos. Esto permite que los niños puedan comunicar cosas y eventos que no están presentes. Además, pueden concebirse a sí mismos, y dar cuenta de sí mismos, como entidades externas u objetivas. Stern sostiene que “lo más nuevo en esta revolución en el sentido del sí-mismo es la capacidad del niño para coordinar en acciones o palabras esquemas existentes en la mente” (Stern, 1991, p. 203). Aún más, afirma que “con esta nueva capacidad para objetivar el sí-mismo y coordinar diferentes esquemas mentales y de acción, los infantes han trascendido la experiencia inmediata. Tienen ya los mecanismos y operaciones psíquicos necesarios para compartir su conocimiento y experiencia interpersonales del mundo, así como para trabajar sobre ellos en la imaginación o la realidad. El progreso es enorme” (Stern, 1991, p. 205). Esto genera tres consecuencias con respecto al gran cambio del sentido del sí-mismo y sus posibilidades de relacionamiento:

1. La capacidad para convertir al sí-mismo en objeto de reflexión. Los niños comienzan a verse objetivamente. Los observables que dan cuenta de esto son la conducta del infante frente al espejo (saben que aquello que ven en el espejo es su propio reflejo), el empleo de rótulos verbales (nombres y pronombres) para designarse a sí mismo, el establecimiento de una identidad sexual nuclear (una categorización objetiva de sí mismo) y los actos de empatía (para actuar empáticamente, el infante tiene que poder imaginar al sí-mismo como un objeto que el otro puede experimentar, y también el estado subjetivo objetivado del otro).

2. La capacidad para el juego simbólico. Con el juego simbólico los niños pueden trascender la experiencia inmediata. Pueden compartir su conocimiento y experiencia interpersonales del mundo, así como para trabajar sobre ellos en la imaginación o la realidad.

3. El uso del lenguaje. El dominio del relacionamiento verbal permite rotular y objetivar, por un lado, y narrar y entretener una historia, un relato autobiográfico.

El lenguaje tiene capacidad para refundir y transformar algunas de las experiencias del relacionamiento nuclear e intersubjetivo. Por lo tanto, las experiencias globales continúan existiendo como no verbales, y también cobra existencia una versión verbalizada de esas experiencias. El lenguaje aferra aspectos del conglomerado de sentimientos, sensaciones, percepciones y cogniciones propias de la experiencia global no verbal. Aquellos aspectos que el lenguaje aferra son transformados por el proceso de elaboración lingüístico, y se convierte en una experiencia separada de la experiencia global original. Stern afirma que

entre la experiencia global no verbal, y esa parte de ella que ha sido transformada en palabras, pueden existir varias relaciones diferentes. A veces, el trozo que el lenguaje separa es quintaesencial y aprehende perfectamente la experiencia total (...) En otros momentos, la versión lingüística y la versión

experimentada globalmente no coexisten en buenos términos. La experiencia global podría fracturarse o quedar pobremente representada, en cuyo caso se extravía y lleva a una existencia trasnombra y mal comprendida. Y finalmente, algunas experiencias globales de los niveles de relacionamiento nuclear e intersubjetivo (tales como el propio sentido de un sí-mismo nuclear) no permiten un acceso del lenguaje suficiente para separar un trozo y someterlo a una transformación lingüística. Tales experiencias continuarán subterráneamente, no verbalizadas, para llevar una existencia innominada (y, sólo en esa medida, desconocida) pero sin embargo muy real. (Stern, 1991, p. 214)

En suma, el cuarto sentido del sí-mismo, el sí-mismo verbal, se caracteriza por la capacidad de simbolizar y utilizar el lenguaje. Aproximadamente a los 18 meses, el niño comienza a saber que el reflejo en el espejo es un reflejo de sí mismo. Un interesante experimento lo demuestra: tomar a un niño de 15 meses y a otro de 18 meses y aplicar subrepticamente un poco de colorete en la cara de cada uno. Luego de colocarlos frente a un espejo, el niño de 15 meses señala la cara roja en el espejo. El de 18 meses se señala a sí mismo, puede verse y reconocerse a sí mismo de una manera diferente a como normalmente se ve a sí mismo. Esta capacidad reflexiva también se ve en el uso de los pronombres 'yo' y 'tú'. El niño ahora puede empezar a pensarse a sí mismo desde diferentes perspectivas.

El lenguaje también permite compartir nuevos significados con otros y la capacidad de pensar de formas cada vez más complejas. En términos de experiencia de uno mismo, el lenguaje también puede fragmentar la experiencia de sí-mismo que previamente, en la esfera no verbal, se ha construido sobre los contornos y matices de los sentimientos a través de las diversas modalidades sensoriales. Aquello percibido y a lo que se puede responder con la variedad de sentidos queda delimitado con el lenguaje verbal. Pero el lenguaje utilizado puede convertirse en una versión limitada de cómo se deben experimentar las cosas. Las ricas experiencias de gradiente son sofocadas o pasan a la clandestinidad, tal vez incluso separarse de la experiencia consciente. Así, el lenguaje, que ayuda a mejorar enormemente las herramientas para nombrar la realidad, pensar y compartir significados, también separa al niño de las ricas y multifacéticas modalidades y contornos sensoriales preverbiales que forman la base para el establecimiento de los primeros sentidos del sí-mismo.

Comentarios finales

En su cuidadoso detalle de las capacidades infantiles y los procesos interactivos tempranos, Daniel Stern ha hecho contribuciones significativas a nuestra comprensión de la experiencia de la infancia. Algunas de sus contribuciones notables son:

(1) Detalles sobre aquello que se encuentra en funcionamiento al nacer: memoria existente, discriminación temporal afinada, la capacidad de localizar sonidos en el espacio. Estas habilidades sugieren que la capacidad de discriminación en varias áreas está más disponible desde el nacimiento de lo que muchos creen.

(2) La descripción que hace Stern de los afectos de vitalidad se centra más claramente en la calidad y riqueza de la experiencia preverbal, una dimensión que, debido a que ha eludido las palabras, a menudo ha escapado a una descripción y comprensión claras.

(3) La descripción de Stern de la memoria episódica, disponible a partir de los tres meses de edad: se trata de pequeños fragmentos de experiencia recordados como fragmentos de experiencia vivida. De hecho, la experiencia de la memoria episódica puede corresponder a aquello que Hanna Segal (1989) describe como forma concreta de pensamiento que, al ocurrir alrededor de los tres meses de edad, precede en el desarrollo al pensamiento simbólico.

(4) Lo que Stern denomina 'entonamiento emocional' es una descripción vívida de cómo la madre llega al interior de su bebé y es una ilustración gráfica de un mecanismo de interpenetración emocional.

(5) Su descripción de cómo el lenguaje puede dividir la experiencia del sí-mismo y de cómo puede agotar la personalidad de la experiencia del reino preverbal es esclarecedora.

Stern también utiliza las conclusiones de sus datos para debatir con los principales teóricos del psicoanálisis. Por ejemplo, toma los datos sobre la actividad, la capacidad de respuesta y la organización de estímulos de los bebés en muchos niveles del período neonatal temprano y argumenta efectivamente en contra de las etapas psicosexuales de Freud, la primacía y la estrechez de las fases oral, anal, fálica, Edipo. Stern dice que el bebé tiene una relación mucho más amplia no centrada en una zona. También argumenta convincentemente contra las etapas de autismo normal y simbiosis normal de Margaret Mahler.

Sin dudas, la propuesta de Stern constituye un aporte de suma relevancia al estudio sobre el desarrollo infantil. Nos ofrece una enorme sistematización de múltiples investigaciones provenientes del campo de la psicología del desarrollo. El autor organiza la multiplicidad de datos en función de su modelo de desarrollo. Una verdadera propuesta que entrama las transformaciones cognitivas sin excluir las complejidades del entonamiento emocional. En suma, su obra constituye un epicentro valioso para ordenar y reunir diferentes perspectivas, psicológicas y psicoanalíticas en torno a las transformaciones tempranas del sujeto a lo largo del tiempo.

Referencias bibliográficas

- Mahler, M.; Pine, F. & Bergman, A. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano. Simbiosis e individuación*. Buenos Aires: Marymar.
- Segal, H. (1989). *La obra de Hanna Segal. Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*. Buenos Aires: Paidós.
- Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires: Paidós.